

PAMEN PEREIRA, IMÁGENES DE HUMO

Ejemplos como el de Pamen (Ferrol, A Coruña, 1963) reflejan el recorrido a una generación de artistas, la que se da a conocer mediados los 80 cuando aún dominan unos impulsos expresionistas hacia los que se sienten reacios, no tanto en los modos como en la intención. Porque las obras iniciales de Pamen Pereira tienen un punto de exceso de dominio de la voz, que se ajusta a los dictados expresivos, por más que aluda a los componentes de corte más teórico.

Desde sus primeros trabajos, no dejó de insistir en una unión de contrarios que da a su obra un carácter peculiar, una fragilidad que la lleva hacia lo sutil, y un punto drástico y directo, que la descubre volcada en la defensa del proceso de trabajo.

Esa unión de aparentes contrarios, hace que sepa sacar un excelente partido, se aprecia en la importancia que otorga al soporte. El papel como método frágil donde mostrar realidades entre pasionales y físicas. Como si se tratase de disponer la metáfora de los pensamientos, de las sensaciones echas materia.

Hace unos años, sus obras aludían a conceptos trascendentes (revolución, religión, lo sagrado, lo social, lo ritual) que progresivamente fue interiorizando hasta dotarlos de impulso personal, incluso pasional. De aludir a cuestiones exteriores pasó a referirse lo propio como eje, como centro. Esa evolución, se sigue en sus dibujos e instalaciones que pueden verse como una especie de diario, aunque suele tener un espacio más distanciado al proponer imágenes como la serie en la que recorre la fotografía como base, entre 1992 y 1994. Pese a ser directas domina en ellas un sentido de choque entre el fragmento de un motivo vegetal que servía de fondo y un dibujo realizado en tonos de oro, a modo de huellas, heridas rituales.

La actual muestra madrileña que llega después de la celebrada en el Museo zu Allerheiligen, de Schaffhausen (un punto de llegada para una joven artista, de devociones estéticas centroeuropeas), parte de ese momento. De un modo significativo, el catálogo de su exposición anterior se abre con la reproducción de una obra y de un foto-montaje. Ambas tienen un fondo análogo, el detalle ampliado de una hoja, muy visibles sus símbolos de energía; la primera tiene superpuesta la silueta de un edificio en llamas, la segunda el cuerpo de la artista. De esa

incandescencia, de ese sacrificio nacen las obras expuestas ahora. Obras en las que conviven pequeñas esculturas con apariencia de cortezas de paisaje, de fragmentos de tierra, y de dibujos en los que se diría que pinta con humo.

Ruedas de fuego, la silueta incandescente de un cuerpo, o mejor el dibujo de una ausencia junto a imágenes de bosques definidas por la huella del fuego. Las esculturas son tensas, dominan el espacio, tienen la fuerza de sus mejores intervenciones. Demuestran cierto carácter monumental a pesar de su pequeño formato y volcarse en valores intimistas. En los dibujos persigue más la imagen: el pulso directo de anteriores ocasiones deja paso a un endeudamiento del sistema de trabajo. No se dibuja la imagen, se intenta.

En la unión de ambos caminos se duplica el sistema enunciado en un principio: la tendencia a combinar la defensa del proceso es una voluntad estética. Una tentación que surge más por el conocimiento que da el trabajo que por intención manifiesta. Porque “*Agua caliente para el té*”, el cuál es el título de la muestra, admite ser interpretada como una metáfora que espera lecturas simbólicas: la creación de un espacio mágico, con una calavera dorada en una esquina, el paisaje definido por las imágenes del bosque, y la acción central de la inquietante pieza que da título a la muestra. Lecturas en plural, abiertas. Como las enumeradas en el catálogo referido, con especial atención para la escrita por *Manuel Sáiz*, una especie de vuelta de tuerca confesional sobre conceptos de los que ambos los dos se ocuparon con frecuencia.

Imágenes incandescentes, dibujos en el aire, secretos secuestrados hechos escultura. No es otro el ánimo de lo dispuesto en la sala. No se trata tanto de una sucesión de imágenes cuánto de crear un ámbito, entre medido y misterioso, desde el cual hacer posibles las apariciones. Que descansen sobre el papel los dibujos de humo, que dominen el espacio las cortezas de paisaje, los objetos suspendidos. Sin duda, la más inquietante de las exposiciones de Pamen Pereira.

ABC Cultural, Madrid, 14 – 6 – 1996

Miguel Fernández - Cid